

NUESTRO PRESENTE COMO IGLESIA DEL NAZARENO EN IBEROAMERICA: UN ANALISIS CON INTEGRIDAD”

Por H. Fernando Bullón

País de Origen: Perú / Costa Rica

Sirviendo en: Costa Rica

“¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?...
Exámíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos;
Y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Salmo 139:7, 23-24)

INTRODUCCIÓN: UN ANÁLISIS CON INTEGRIDAD. PRESUPUESTOS

Al realizar el diagnóstico de algunos aspectos de nuestra caminata, la indicación o cualificación de “un análisis con integridad” busca que, considerando un evento como el que nos convoca (una conferencia teológica, un encuentro para la reflexión sobre la fe y la praxis y que en nuestro caso se centra en la vida y misión de nuestra iglesia), éste sin dejar de ser una fiesta de celebración por los logros obtenidos, pueda a la vez permitirnos ver con claridad los aspectos mal encaminados de nuestro pensar u obrar de tal manera que podamos afirmar la misión. Esto se hace más imperativo en una iglesia como la nuestra – cuya tradición se ubica en el movimiento de “santidad” – es decir de afirmación de la integridad cristiana. El practicar diagnósticos con autenticidad debe llevarnos de manera normal a vías y expresiones de arrepentimiento, sin lo cual no hay futuro posible que se llame santo y cristiano. Las actitudes triunfalistas y arrogantes no pueden estar en nuestro medio. El muy humano impulso demostrativo del éxito *per se* no puede sobreponerse al valor de la fidelidad a Dios y los valores de su reino. Y son los propios valores que afirmamos como esenciales a nuestra iglesia, los criterios apropiados por los cuales evaluar nuestra caminata.

Ser como El, la tarea de seguirle, implica el llevar su yugo como discípulos, aceptando su continua corrección para nuestra afirmación. Parte de esta caminata es el gozo y agradecimiento por lo que el ha hecho en nuestra vida y ministerio y en la vida de su iglesia. ¡Celebremos con Él! Pero también lo es el reconocimiento oportuno de nuestro pecado y nuestros errores. La iglesia necesita siempre estar auscultando su camino para ser aquella *ecclesia reformata et semper reformanda* que está a la altura de lo que es su naturaleza y su responsabilidad histórica. Las Escrituras y la historia misma de la Iglesia nos enseñan de esta sabia actitud, guiada por el Espíritu de Dios mismo dentro de su pueblo. La “doctrina de la infalibilidad” humana e institucional no es precisamente una doctrina bíblica; y es justamente nuestra tradición “protestante” (de ‘protestar’) la que se erigió con firmeza en un periodo crítico de la cristiandad, para ir en contra de esta actitud que una y otra vez resurge en la historia y en nuestras instituciones.

Por ello, es necesario reconocer las voces que Dios mismo ha establecido dentro del especial diseño y estructura carismática de su Iglesia. Muchas veces el pueblo de Dios en su institucionalización ha mostrado sordera o no ha querido reconocer dichas voces, y,

aunque la percepción inmediatista de la vida hacía aparecer al orden establecido como dueño de la verdad y el control de las situaciones, como siempre, la historia se encarga de confirmar el error, y señalar el equívoco. Continuamente, estas voces renovadoras vienen del propio cuerpo de la iglesia, son las voces proféticas de todos los tiempos que desde dentro de la iglesia nos llaman la atención(aunque a veces no son valoradas mas bien las callamos y excluimos); por lo cual, quienes estamos en situaciones de responsabilidad institucional, sin dejar de reconocer la importancia de nuestro encargo, debemos ser sensibles y humildes para escuchar la voz de Dios, de su pueblo y de la gente, ponderando sabiamente la apertura a los cambios que se pudieran requerir. La renovación se da cuando su pueblo se humilla, ora, busca a Dios, y se convierte y arrepiente de sus malos caminos (cf. 2 Crónicas 7:14)

Posiblemente es asunto formativo, el no estar acostumbrados a realizar diagnósticos como parte de la misma planificación. Y si en alguna medida los hacemos, no se ejecutan de manera coherente o sistemática. Un adecuado diagnóstico debe tomar en cuenta las debilidades y las fortalezas, los aciertos y las desorientaciones, las limitaciones y las potencialidades. Aunque debemos decir que en la ciencia de la planificación hay una inclinación a darle prevalencia al reconocimiento de las dificultades y la necesidad de tomarlas en serio para su superación. En un escrito donde disponemos de espacio muy limitado, es necesario que nos centremos más en las problemáticas, cuya toma de conciencia pueden ameritar pasos hacia los cambios de enfoque, actitudes, y por lo tanto de nuestras proyecciones eclesiales en bien de la misión.

Para nosotros, el planificar y actuar consistente debe implicar una inteligencia y comprensión del contexto en que se ejerce el ministerio, así como un diagnóstico apropiado y en perspectiva histórica de la propia vida y misión de la iglesia. Esto, realizado con la más acuciosa exactitud y veracidad. El no hacerlo implica la propensión a errar en la acción, y el autoengañarse. Pensando en nuestro encuentro, el hacer un diagnóstico lo más completo de la vida y misión de nuestra iglesia como de la realidad o contexto de Iberoamérica y de la época, escapa a lo que se puede trabajar en una conferencia como esta. Cabe sí, la toma de conciencia sobre la importancia de estos asuntos. Y es acertado el esquema selectivo en cuanto a temas, con los cuales se puedan evaluar algunos aspectos críticos. En el fondo, está la inquietud por comprender el gran desafío que representa la realidad de nuestro continente y si con lo que somos como institución, gente, estructuras organizacionales, programas y proyectos, estamos respondiendo a la situación en la medida apropiada

EL CONTEXTO

Es responsabilidad nuestra como líderes latinoamericanos el tener un perfil claro de la época, el discernir los “signos de los tiempos”, es decir, entender las problemáticas fundamentales de nuestra generación y de las coyunturas temporales, el percibir las corrientes de pensamiento, filosofías o ideologías que están influenciando el mundo y a la propia Iglesia. De auscultar algo en el pasado inmediato o remoto de nuestras experiencias, ya que el presente no es sino el resultado del devenir, de las creencias que

se tienen y prácticas que se ejercen, sea en la iglesia o en la sociedad. De otra manera, no se a qué tipo de misión nos podremos estar refiriendo. El docetismo desencarnado es recurrente en la historia, y la ceguera autoimpuesta es algo común en una sociedad caracterizada por la alienación, la indiferencia o los fanatismos, que en última instancia es “falta de lucidez”, en expresión del Nóbel de Literatura, José Saramago, en su análisis del actual engaño que representa para todos el así llamado “sistema democrático” en que vivimos mayormente aquí en Occidente, y frente al cual no se está reaccionando con la firmeza que se necesita¹.

El aspecto demográfico y cultural

Uno de los datos más significativos sobre los cuales tomar conciencia, es acerca de la característica joven de nuestras regiones. Algunos autores cristianos, por querer señalar la gran falla estratégica al llevar adelante “la gran comisión”, están llamando “la gran omisión” a la falta de atención prioritaria al gran sector de la niñez que constituye prácticamente un tercio de la población.² Asimismo, al sector juvenil, que por las características socio-económicas de nuestros continentes, raya en la exclusión social y el abandono, explicativo en gran manera de las situaciones degradantes en las que están sumidos: desempleo, delincuencia, drogadicción, alcoholismo, prostitución. Por lo tanto, ambos sectores, niñez y juventud deben constituirse en una prioridad estratégica de primer orden para nuestro trabajo.

El desafío urbano es también uno de los más significativos y al cual es necesario responder, vinculado en gran medida a los procesos migratorios internos que se presentan con características muy particulares en regiones como América Latina. Podríamos decir que la iglesia no ha pensado coherentemente en lo que es una respuesta estratégica y amplia al fenómeno de las megaurbes y la crisis social que representan. Pero por otro lado, tampoco debemos dejar de reconocer la prevalencia o significativa ruralidad de algunos países nuestros, y desarrollar también estrategias coherentes y amplias para dichas realidades. En general, y desde una perspectiva de integralidad de la misión, necesitamos acciones interdisciplinarias que permitan enfrentar el complejo panorama urbano-rural de los tiempos modernos, no sólo desde una perspectiva evangelística de alcance a las masas humanas, sino de un desarrollo integral que tome en serio los aspectos sistémicos detrás de los procesos desordenados y no orgánicos del desarrollo.

El uso de expresiones como “latinidad” nos señalan un rasgo común de la manera de ser, sin embargo, América Latina posee una gran pluralidad étnica. Esta diversidad cultural de nuestras naciones representa también un desafío para la evangelización, sea porque hay grupos todavía muy poco alcanzados, o porque ameritan un trabajo especializado, o porque es necesario que los valores evangélicos sean promovidos en términos del logro de una sociedad más igualitaria y de real vigencia de la valía y derecho de cada grupo humano. Por otro lado, los rasgos del *ethos* contemporáneo vinculado

¹ J. Saramago “Ensayo sobre la Lucidez”, México D.F.: Alfaguara, 2004.; también ver su “Ensayo sobre la Ceguera”, México DF: Alfaguara, 1999

² Dan Brewster & Patrick McDonald, “Children- The Great Omission”, Oxford: Viva Network

principalmente a su occidentalidad, - postmodernidad, globalización, pluralismo, materialismo, tecnología informática y de comunicaciones – obligan a un esfuerzo de repensar la comunicación del evangelio en un contexto tal, que afirme y fortalezca tanto la misión e identidad evangélicas como también lo valioso de la cultura de nuestros pueblos latinos, como don de Dios.

Por último, en la información provista con relación a lo demográfico y cultural, el comparar los datos de la población total con relación a la población evangélica que representa un 10.6 % solamente³(aunque este porcentaje varía de país a país), debe llevarnos a pensar en la necesidad de crecimiento para poder gravitar más significativamente sobre la vida de nuestras naciones, desde los valores evangélicos. Pero este crecimiento tiene que ser a la vez de carácter cualitativo para poder trascender por la fuerza de su naturaleza, es decir, el de ser un cristianismo auténtico. Esto nos lleva al entendimiento de la tarea de evangelización como discipulado consistente; máxime, cuando vemos algunas naciones latinoamericanas ya con proporciones significativas de evangélicos, pero donde la trascendencia transformativa del evangelio en la vida de la nación pareciera brillar por su ausencia.

Realidad, económica, social y política

América Latina se nos presenta con una gran diversidad de situaciones y contrastes en cuanto a su desarrollo, debido a factores concurrentes diferenciados: ecología, grupos humanos (aborígenes o migrantes) y procesos históricos y culturales particularizados, tanto locales como en el conjunto de las relaciones sistémicas de carácter mundial. Su propio ser, su misma identidad, pareciera en permanente estado coloidal en búsqueda de la definición de una identidad más permanente. A pesar de ello, cuando enfocamos la situación presente, como muy bien lo han descrito Wilfredo Canales y Marco Velasco, como que percibimos el rasgo común de una honda crisis societal: la pobreza generalizada, la inequidad económica polarizada al extremo como epítome de una diversidad de asimetrías y base obvia de la gran inestabilidad e inseguridad social que se experimenta. Pareciera que los múltiples modelos y recetas de desarrollo no representan sino espejismos de mejoramiento para las grandes mayorías, y sí acumulación rampante para unos pocos. Los indicadores estadísticos no engañan y nos muestran descarnadamente la realidad. Una incongruencia total entre macroeconomía y microeconomía, en donde la esencia del objetivo económico, el “oikos-nomos” familiar está a la deriva y en abandono. Y los índices de descomposición social se revelan en los niveles que la corrupción ha alcanzado, en donde los estamentos que están puestos para conducir y garantizar el bienestar social, son los que expresan el agotamiento y la supuración del sistema.

Claramente se remarca que la Iglesia no está ausente de estas realidades, que de una u otra manera está inmersa, activa o pasivamente. Pero que siendo fiel a su rol profético y pastoral, no puede ni debe ser absorbida en la desesperanza. Por el contrario, debe ser

³ Dato provisto por P. Johnstone & J. Mandryk, en “Operation World” 21st. Century Edition. Carlisle, UK: WEC/ Paternoster, p.34

instrumento de recuperación de la esperanza y de la confianza. Pero ello, definitivamente implica la revisión seria y radical de una serie de presupuestos, posturas y formas en que actualmente estamos operando y de la imagen-objetivo que tenemos de lo que la iglesia debe ser. Ya Canales y Velasco nos aportan algunas pistas: “revisar valores, prioridades, filosofía de ministerio, estilos de liderazgo, delimitar bien la direccionalidad de lo organizacional, lo estructural de la iglesia...en función de una pastoral ...reflejo de una misiología arraigada en la Palabra” “... una función profética...una comunidad de vida alternativa reflejada en sus relaciones e interdependencias, intradenominacional y transdenominacionalmente, promotora de las transformaciones del Evangelio...en un nivel personal, comunitario, social”. Quisiera a esto sólo agregar un comentario, para que el esfuerzo rinda su fruto: No basta la mística y el compromiso sacrificado con las realidades problemáticas de nuestra sociedad – por cierto muy vasta – y que surgen de una comprensión clara de los alcances de la misión cristiana en cuanto integral. Se necesita también una acción informada e inteligente, que comprenda de la naturaleza científico-técnica de la transformación social, económica y cultural. Esta competencia técnica en las diversas esferas del quehacer social es también un desafío ético para los nazarenos y evangélicos latinoamericanos, si es que deseamos realmente trascender de manera consistente en la transformación integral de nuestras comunidades en nombre del evangelio.

Realidad religiosa y espiritual

Ya algunos datos provenientes de los trabajos sobre demografía, nos informaban de la diversidad religiosa de la región, con una textura de fondo mayoritariamente católico-nominal. Centrándonos específicamente en el sector protestante, debe ser asunto de inquietud la excesiva ramificación del “árbol genealógico” de las tradiciones, familias, y subfamilias de iglesias que casi llegan hasta las categorizaciones de ‘genotipo’, ‘especie’ y ‘subespecie’. Este hecho refleja la atomización excesiva, con rasgos de sectarización y ensimismamiento que en nada contribuyen al testimonio, y es mas bien un impedimento a la acción unificada que permita como pueblo evangélico un impacto cohesionado hacia las transformaciones que requieren nuestras sociedades.

Por otro lado está el *boom* religioso por doquier, en el contexto del clima postmoderno en que se vive. Una de las razones para ello, como muy bien lo indica René Acosta, es que en la búsqueda de significado espiritual que tienen las personas, la religión oficial y en el sector protestante las llamadas iglesias históricas, ambas fundamentadas en el dogma y la excesiva institucionalización, han dejado de ser una respuesta relevante. En una línea, ha determinado lo que los historiadores llaman, la “pentecostalización” de la iglesia latinaamericana. En otra línea, el consecuente auge de las ofertas en un nuevo supermercado religioso con la difusión de orientalismo de todo tipo, resurgimiento de religiones autóctonas, y aparición de cultos a la medida de las extravagancias humanas.

Pero más allá de la respuesta apropiada o no del sector más tradicional del catolicismo o protestantismo, se evidencia el “rostro postmoderno” del protestantismo latinoamericano, con una serie de rasgos particulares como son posdenominacionalismo,

televangelismo, megalomanía, relación evangelio-dinero (evangelio próspero”), entretenimiento y sentido lúdico del culto, hedonismo y competitividad. Este análisis se extiende a la “crisis de la teología”, por el ambiente irreflexivo y sacramentalista que genera la época. Todas estas características exigen de la iglesia una actitud crítica y paciente, y plantean un gran desafío a su creatividad y a su capacidad para cultivar una actitud apologetico-profética que combine con sabiduría y amor “el arrancar y destruir” con el “plantar y reconstruir” renovadoramente.⁴

Tal vez, el rasgo más saltante que queremos comentar aquí como descriptiva de la realidad espiritual latinoamericana, es el de una espiritualidad deformada y escapista muy bien señalada por Segura y apoyada por Acosta al hacerla inclusiva para el medio nazareno: “...el divorcio entre piedad para la iglesia y vida para el mundo; entre religiosidad individual y comportamiento social; entre moral puritana y vida cristiana”. Definitivamente algo anda mal en una santidad o espiritualidad desencarnada, de puro ritualismo religioso. Paradójicamente se mencionaba que la crítica situación social como que ha resucitado la religiosidad. Pero un tipo tal de religiosidad que desemboca en la angustia mística o el típico “refugio de las masas” de templos atestados en la esperanza de la soluciones mágicas⁵, y que poco se expresa en actitudes racionales y plenamente conscientes de las causas sociales que tienen que ser confrontadas objetivamente, las más de éstas vinculadas a razones sistémicas y estructurales de la realidad política, económica y social. Por ello, totalmente de acuerdo con Canales en el “...desafío serio para la claridad que la iglesia debe tener en su misión, así como en la forma de llevarla a cabo, evitando caer en los facilismos, inmediateismos y superficialidades que afectarán su integridad en función de las demandas del Reino de Dios que está llamada a encarnar y proclamar”

NUESTRA REALIDAD ECLESIAL Y RESPUESTAS AL MEDIO

¿Qué representamos en peso demográfico dentro del pueblo evangélico, en vistas a una gravitación más significativa en nuestros países? ¿Qué tipo de estructuras organizativas y programáticas tenemos para canalizar nuestra misión? ¿Cuán funcionales son los principales programas de nuestra iglesia para hacer de ella una alternativa y un instrumento de transformación de nuestras sociedades? Este set de preguntas baste para centrar nuestro comentario restante, dejando para el final lo relacionado a las estructuras organizativas y programáticas por considerarlas determinantes en términos de las posibilidades de una mejor inserción transformativa en nuestras sociedades.

⁴ Ver. Arturo Piedra “El rostro posmoderno del protestantismo latinoamericano”, en A. Piedra, S. Rooy, y H.F. Bullón, *¿Hacia donde va el protestantismo? Herencia y prospectiva en América Latina*. Buenos Aires: Kairós, 2003(pp. 35-65)

⁵ Ya este problema lo analizaba tempranamente Christian Lalive, al estudiar el caso de iglesias evangélicas pentecostales de Chile en las décadas de 1960s y 1970s, que aunque manifestaban formas muy creativas y participativas de culto, estaban totalmente apartadas del compromiso con las transformaciones sociales de su país, aunque sus membresías mismas experimentaban las secuelas de la crisis social.

Significación estadístico-demográfica en el contexto del pueblo evangélico

Como muy bien lo recuerdan Mario Zani y Accel Ruiz, las estadísticas son importantes para un diagnóstico mejor informado de la realidad de la misma iglesia y del contexto donde le toca ministrar. Esto para la labor a cualquier nivel: local, distrital, nacional, regional o mundial. A la luz de criterios, valores y objetivos apropiados – que no se limitan a lo cuantitativo -, lo comparativo arroja luces acerca de lo adecuado o no de un determinado curso de desarrollo, de la buena salud o no que un organismo como la iglesia pueda estar experimentando⁶. Las comparaciones las podemos hacer hacia el interior de la propia iglesia. Pero la intención de descubrir nuestra realidad estadística en el contexto del pueblo evangélico de Iberoamérica, al menos en un dato global, debe llevarnos a una medida sana de apreciación de una variedad de aspectos de nuestra proyección(filosofía, política, estrategias, metodologías) en relación a su eficacia evangelística y transformativa. El darnos cuenta de que, con todos los logros que hayamos alcanzado al interior de nuestro propio proceso, no alcanzamos a medio punto porcentual del conjunto de las iglesias protestantes y evangélicas de América Latina y El Caribe, debe llevarnos a una medida de humildad, y de reconocimiento que, el alcanzar a las masas de nuestro continente desde el Evangelio o desde lo evangélico, implica la necesidad de un trabajo coordinado y unificado con el resto del pueblo evangélico para poder trascender de manera más eficaz. No vale la pena estar haciendo comparaciones demográficas nuestras con el conjunto de la población de nuestros países como desafío exclusivo: es ridículo.

En primer lugar, dicha coordinación y trabajo cooperativo debe darse con el propio movimiento de santidad, y luego ampliarlo al conjunto de las iglesias evangélicas. La acción unificada del pueblo de Dios se presenta como un imperativo ético que surge de las Escrituras. El ensimismamiento sectario, lleno de orgullo y de autosuficiencia, el pensar que por nosotros sólo podemos transformar la problemática de nuestro continente como se nos presenta, es un rasgo pecaminoso del cual deberíamos arrepentirnos. Posiblemente algunos diríamos que la cooperación es un dado en nuestra denominación en cierto nivel, o en ciertos lugares, o en algunas relaciones personales de líderes aislados. Lo que debe buscarse es que sea una visión unificada y conjunta de parte de la denominación en todo Iberoamérica, a todo nivel: regiones, áreas, distritos, e iglesias locales. Evitar el doble estándar de perspectivas, prácticas y relaciones, v.gr. entre el medio estadounidense, y América Latina, o entre niveles de operación mundial, y niveles de operación local o distrital. Esto, por ejemplo, haciendo planes conjuntos, compartiendo uso de materiales y métodos, y muchos otros recursos y acciones. La meta: la misión y trascendencia transformativa del evangelio en nuestras comunidades.

⁶ Ver ponencias de Mario Zani y Accel Ruiz sobre “ Realidad Estadística de la Iglesia del Nazareno ubicada en el conjunto del pueblo evangélico de Iberoamérica”

Programas relevantes en nuestra gestión misional: la evangelización, la educación teológica, y el servicio social

Los trabajos presentados por Eduardo Duque, Ruben Fernandez, y Luis Meza, así como de sus reactivos, Tim Brunk y David Wesley, testimonian de la afirmación de valores y realización de esfuerzos constantes hechos por la denominación en los campos de la evangelización, la educación teológica y la diaconía; de los logros alcanzados en el crecimiento de las membresías, en la diversificación de alternativas de la educación teológica para un más amplio acceso en la formación de nuestro liderazgo, de los avances en la toma de conciencia, organización y esfuerzos en cuanto al servicio social. Según autores, se comentan también de limitaciones, o de procesos históricos propios de la denominación que pudieran haber afectado el mejor desarrollo de los programas, especialmente en lo relacionado a los ministerios de compasión. Pero a la vez, todos presentan propuestas válidas o reflexionan sobre énfasis a sostener frente a los desafíos o tareas todavía pendientes de realizar. Vale la pena tomar en cuenta las observaciones de Salgado y de Meador⁷, si nuestros programas usualmente vinculados al enfoque de misión, sea en su origen o en sus posteriores desarrollos, han sido todo lo autóctonos y contextualizados a la realidad de América Latina que debieron serlo, y que las nuevas propuestas no deberían en medida alguna dejar de lado.

Quisiera más bien dirigir la atención a lo que pueden haber representado nuestros logros en relación a las realidades problemáticas descritas en nuestro análisis del contexto latinoamericano. Ponderar la eficacia histórico-transformativa de los dos elementos clave que definirían nuestra perspectiva de integralidad: la evangelización y la responsabilidad social, mediadas éstas por nuestra propuesta educativa la cual tiene una gravitación decisiva en la formación de los recursos humanos, en la configuración de sus concepciones y en el desarrollo de sus habilidades para la acción. Mi percepción es que hasta el momento nuestro desarrollo ha tenido más un parámetro de evaluación interno, es decir de medición y de logro en función de nosotros mismos, más que de su eficacia histórica en el medio y la sociedad en que estamos como agencia histórica del Reino de Dios. Aún queriendo evaluar las cosas más hacia el interior nuestro, valdría la pena preguntar en términos objetivos del nivel de inversiones en sus programas normales – en recursos humanos, de tiempo, equipamiento y financieros – cuán equilibrada haya sido esa “misión integral” que decimos promover. ¿Será que en términos reales los ministerios de compasión son un simple apéndice, primero teológico y luego misional? En el fondo, la educación queda instrumentalizada dentro de un modelo de consumo interno y no abierto en su diseño a concebir una iglesia “para” el mundo, lo cual se ha reflejado en el bajo perfil de la educación superior interdisciplinaria en nuestro medio latinoamericano. Pero aún suponiendo que se diera una nueva alternativa, de un modelo eclesial orgánico por la relación integrada de sus programas y abierto a la sociedad e historia de nuestros pueblos, será limitado, como se ha mencionado anteriormente, si es que no se toma en cuenta una voluntad coordinadora con el resto del pueblo de Dios, para efectivamente trascender transformadoramente en la vastedad y complejidad que representan las

⁷ Scott Meador – “Somos un pueblo misional” – Reacción a ponencia de C. Sarmiento del mismo nombre

problemáticas contemporáneas, más si se piensa en sus dimensiones sistémico-estructurales. Aquí podría estar también otra limitación de nuestra gestión, nuestro aislamiento.

Pero esta circunstancia no es privativa de nuestra iglesia, sino del medio evangélico en general. En un análisis sobre la contribución social del pueblo evangélico en América Latina, Samuel Escobar⁸ sintetiza la proyección con dos palabras: promesa y precariedad. Promesa, por los innumerables casos de compromiso social manifestados por la presencia protestante en medio de la marginación, las intervenciones en el ámbito secular, incluido el político, y la creación de comunidades alternativas. Precariedad, por la muchas limitaciones, fracasos y el carácter minúsculo de esa labor frente a las grandes necesidades, explicable en parte por ser el movimiento protestante, relativamente joven en América Latina (comparado con los cinco siglos de presencia católica). Pero también, debido al reduccionismo en la teología de misión sostenida con poca incidencia en la transformación social, y a la característica de comportamiento atomizado del pueblo evangélico.

En una amplia investigación llevada a nivel mundial, basada en el escuchar y ver lo que las iglesias evangélicas dicen y está ahora tratando de hacer en diversos continentes, se muestra la emergencia de un paradigma unificado y convincente de misión para estos albores del siglo XXI: *misión como transformación*. Este paradigma se construye sobre cuatro pilares de verdad e impulso misional: (1) estamos viviendo en un mundo quebrado y en crisis; (2) los individuos son llamados a ser conformados a la imagen de Cristo; (3) las iglesias son llamadas a ser renovadas y conformadas con los grandes propósitos de Dios para su creación; (4) Ciudades, comunidades, pueblos y naciones deben ser transformadas. Un paradigma que aboga por una iglesia transformacional que vaya en una misión transformacional al mundo.⁹ Todo el evangelio, por todo el pueblo de Dios, para todo el mundo. Esto no será posible, sin repensar y redireccionar las estructuras organizacionales como nuevo marco para la dinámica y eficacia de los programas principales de las iglesias evangélicas.

El asunto de las estructuras organizativas y programáticas

Atinadamente nos hace pensar Jonathan Salgado sobre la problemática de las estructuras y la necesidad de una revitalización de éstas por influjo del Espíritu, y sobre la base de una información seria de carácter bíblico, teológico y desde la ciencia social. En sí, el tema ha sido trabajado por muchos eclesiólogos e historiadores al ser una problemática recurrente en la historia de la iglesia¹⁰. Ya en los evangelios mismos Jesús

⁸ S. Escobar, "Tiempo de Misión. América Latina y la misión cristiana hoy". Guatemala: Clara-Semilla, 1999. (pp.112-144, 'El impacto social de la misión')

⁹ Ver Luis K Bush (ed), "A Unifying vision of the Church's mission", 2004 Forum for World Evangelization. Thailand, September 2004.

¹⁰ Ver por ejemplo en enjundioso estudio de Hans Kung, "La Iglesia", Barcelona: Herder, 1970, quien da un amplio panorama histórico sobre el particular. Dentro de esta corriente de análisis de estructuras institucionales, tema corriente ha sido el desbalance en la función clero ordenado respecto del laicado: el problema de la clericalización, y con ello la jerarquización organizacional y funcional.

hace referencia a la necesidad del “vino nuevo en odres nuevos” (Mr.2:22; Lc.5:38) para dar paso al evangelio vivo y eterno en contra de estructuras y sistemas que se vuelven vetustos y un impedimento para su avance. Howard Snyder, en una trilogía de obras, se dedica al estudio de esta tensión permanente entre esencia y forma en la iglesia, pero donde ésta tiene la exigencia de ser efectivamente “un odre nuevo para el vino nuevo”, una verdadera “comunidad del reino”, y una “iglesia liberadora”.¹¹ De que son necesarias las estructuras porque sin ellas no se puede operar y estas varían según las épocas y contextos, no se discute; pero que al mismo tiempo, necesitan constante revisión por su fácil disfuncionalidad y descontextualización, es materia que no muy fácilmente se acepta.

Preocupados de la renovación, es bueno tener en cuenta, como una constante en la historia de la Iglesia, que Dios mismo ha permitido que los nuevos vientos revitalizadores vengan desde la periferie más que del centro de las más poderosas instituciones. Dice el reconocido misionólogo Paul E. Pierson en su obra titulada “Emerging Streams of Church and Mission. Transformation from the Periphery”¹²(“Corrientes emergentes de Iglesia y Misión. Transformación desde la Periferie”)

“...los movimientos de renovación y misión, se han levantado normalmente en la periferie de la iglesia más amplia y establecida, y generalmente existieron en tensión con ésta en la medida que emergieron como nuevas corrientes de vida y misión. Eventualmente, pero no siempre, sus valores han sido reconocidos por la iglesia más amplia. Sin embargo, en la medida que esto sucede, aquellos movimientos han vuelto a caer dentro de los peligros de la institucionalización perdiendo su celo original. Este es uno de los mayores dilemas para nosotros. ... en la medida que las instituciones eclesiásticas crecen y se hacen añejas muy pronto se ven a sí mismas como las preservadoras de la ortodoxia y los centros de poder a través de los cuales el Espíritu está obligado a trabajar. En este proceso se establece el elitismo, y a menudo modelos rígidos de selección y entrenamiento del liderazgo...” (por ello)...El levantamiento de los movimientos periféricos de renovación es una clara señal de la soberanía de Dios y el hecho de que los dones del Espíritu son dados a todos los creyentes.¹³

Pierson nota que hoy en día y a través del mundo, las iglesias que están experimentando el más acelerado ocaso, tienden a ser aquellas que son rígidas en sus enfoques y metodologías; dichas iglesias están cerradas a la innovación con relación a sus ministerios y sus estructuras, prácticas de adoración, y otros aspectos. Y dicho *ethos* es identificando principalmente con la cultura de algunas iglesias establecidas que tienden a sofocar el espíritu de innovación creativa y recontextualización del evangelio. Pierson da

¹¹ Ver H. Snyder, “The Problem of wine skins. Church structure in a technological age”, Illinois: IVP, 1975; “The Community of the King”, Illinois: IVP, 1977; “Liberating the Church. The ecology of Church & Kingdom”, Illinois: IVP, 1983.

¹² 2004 Forum for World Evangelization, Thailand, September 2004

¹³ Ibid. p.1

a continuación una lista de unos diecinueve factores comunes que se descubren en movimientos que en el pasado han resultado en renovación y misión. De estos menciono algunos relevantes a nuestro tópico o vinculados a temas tratados en nuestra conferencia.

- (1) Se levantan en la periferie de la iglesia institucional
- (2) Son motivados por una experiencia transformativa con Dios; una renovación que es a nivel personal o grupal y que resulta en un deseo de una vida cristiana más auténtica que a menudo guía a una preocupación genuina por la Iglesia y el mundo.
- (3) Hay “rupturas teológicas”, esto es, redescubrimientos del mensaje cristiano que han sido olvidados o ignorados. Esta “rupturas” usualmente incluyen un redescubrimiento de los dones de cada creyente.
- (4) El movimiento se orienta a una re-contextualización significativa del mensaje cristiano, y con ello se produce una serie de innovaciones, incluido en el aspecto litúrgico. El mensaje es comunicado a menudo por laicos a gente marginalizada, fuera de las estructuras tradicionales de la iglesia.
- (5) En la medida que el movimiento crece, se vuelven esenciales nuevos modelos de selección y entrenamiento del liderazgo. Estos son más orientados al laicado y menos institucionalizados.
- (6) Se hace evidente la necesidad de estructuras eclesiales y de misión más flexibles, diferentes de las tradicionales.
- (7) Se da un interés creciente por los marginados que a menudo se expresa en ministerios de compasión. En una etapa posterior se dirige a una preocupación por una transformación social más amplia.

Cuán típico nos resultan estos elementos cuando revisamos los momentos históricos que marcan nuestra misma identidad como evangélicos y nazarenos: el nacimiento de la Reforma Protestante, del wesleyanismo, y el de la propia denominación. Creo que no deberíamos estar cerrados a una revisión amplia de las estructuras de nuestra organización, en todos sus niveles, a la luz de serias consideraciones teológicas, eclesiológicas, e históricas. Por tomar un ejemplo, el modelo “corporación” propio de la modernidad y del aporte de las ciencias administrativas debe ser cuidadosamente evaluado en sus rasgos antitéticos al ideal de cuerpo, pueblo, familia, etc, imágenes representativas de la naturaleza misma de la Iglesia que surgen de la Escritura. Los datos provistos por la investigación sólidamente documentada de la historia eclesial y de que las experiencias más renovadoras dentro de las iglesia contemporánea provienen de grupos fuera de las estructuras eclesiales estandarizadas, por el manejo de nuevas formas y estructuras flexibles como respuestas más dinámicas al contexto¹⁴, debieran hacernos

¹⁴ Ver también George Hunter III, “Church for the Unchurched”, Nashville: Abingdon Press, 1996

H. Fernando Bullón

pensar seriamente de los actuales canales organizacionales y programáticos nuestros como única forma de responder “al soplo del Espíritu y a la voluntad del Señor”.

Que este foro de la Primera Conferencia Teológica Nazarena Iberoamericana que en gran medida surge del estamento académico de nuestra iglesia, a través del producto de sus reflexiones, pueda contribuir humildemente a informar, inspirar y desafiarnos por los caminos de un mejor servicio al Señor, a su iglesia y al mundo, desde esta patria grande de Iberoamérica. Confiemos en que el Señor mismo, por su Espíritu, soberano en su Iglesia y en la historia, se encargue en el corto, mediano y largo plazo de renovar lo que sea necesario en medio de nosotros, para gloria de su Reino y el bienestar de nuestros pueblos.